

Su afirmación absoluta de no tomar parte en ninguna guerra civil, además de ser un acto contrario á su carácter militar, importaba debilitar la fuerza moral del gobierno, alejando de sus enemigos la amenaza del ejército de los Andes. Felizmente las cartas fueron detenidas por Belgrano, quien tan sorprendido como San Martín por la doble retirada, le escribía lleno de resignación: « Si usted se conmovió con mi » bajada, figúrese cuál me habrá sucedido con la noticia de » que su ejército debía repasar los Andes. Tanto más me admiraba esto, cuanto el director nada me dice de su movimiento, que va á retardar la ejecución de los mejores planes, y quién sabe hasta qué punto puede perjudicar » la causa y afirmar el yugo español! Pero lo dispone quien » manda, y no hay más que obedecer » (51). La trama se complicaba y sus hilos parecían enredarse en las manos del general de los Andes, precisamente en los momentos que se ocupaba en deshacerla, una vez llenado su objeto.

VII

Como el gobierno argentino no consideraba por entonces inminente el peligro de una expedición española, y por otra parte, no sabía qué hacer con el ejército de los Andes que iba á gravitar sobre su exhausto tesoro, á la primera insinuación de San Martín de suspender el repaso (25 de marzo de 1819), lo autorizó á dejar en Chile 2,000 hombres (9 de abril de 1819), es decir, la mitad de su fuerza, y así lo comunicó al director O'Higgins en contestación á sus instancias (52). Esto bastaba

(51) Carta de Belgrano á San Martín, de 13 de marzo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLVI.)

(52) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 9 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXVII.)

por el momento para los fines que se proponía San Martín, manteniéndose en equilibrio con un punto de apoyo sólido y un pie á cada lado de la cordillera, sin perder de vista un instante su gran objetivo: el Perú. Pero las peripecias y complicaciones no habían pasado. Antes de trascurrir ocho días (15 de abril de 1819) el mismo ministro de Guerra que lo autorizaba á suspender parcialmente el repaso, manteniéndose á la expectativa, le ordenaba terminantemente y con urgencia, que la parte del ejército que se hallaba en territorio argentino, engrosado con 2,000 reclutas chilenos en reemplazo de los 2,000 hombres de los Andes que debían permanecer en Chile, marchase sin dilación á Tucumán, á hacer frente al ejército realista del Alto Perú, que según avisos del general Belgrano, se disponía á invadir la frontera del norte (53). San Martín, conformándose ostensiblemente con esta orden, contestó, tal vez para hacer mayor presión sobre Chile, « que impartía las órdenes más positivas en consecuencia », y pidió instrucciones respecto al tren de artillería que quedaría en Cuyo (54). En seguida hizo presente confidencial y oficialmente por la vía reservada, que tal medida importaba la disolución del ejército de los Andes, y elevó su renuncia (55). Á esta fecha las fuerzas reunidas en Mendoza que habían repasado la cordillera, alcanzaban como á 1,200 hombres, permaneciendo al occidente de ella en Curimón como 2,200 hombres (56).

Aturdido Pueyrredón con las idas y venidas de San Mar-

(53) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 15 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXVII.)

(54) Ofi. de San Martín de 30 de abril de 1819. M. S. orig. en el Arch. Gral. y en copia en el Arch. San Martín, vol. XXVII.

(55) Ofi. de San Martín de 11 de mayo de 1819. (Arch. San Martín, vol. XXVII. M. S.)

(56) Estado de fuerza de 11 de mayo de 1819. Doc. del Arch. General. M. S. He aquí su detalle: Artillería, 83 de tropa; n.º 1.º de cazadores de infantería, 567; Granaderos á caballo, 213; cazadores montados, 305, y á

tín, con su aparente variación de resoluciones, y las órdenes y contra-órdenes que le hacían firmar, obedeciendo al impulso del general de los Andes, tuvo un momento de noble impaciencia y le dirigió una carta que compendia la historia de este oscuro episodio á la vez que la inalterable fidelidad del director argentino á las grandes ideas del gran general:

« Como ese gobierno ha sido tan vario en sus deliberaciones » sobre la expedición á Lima, me ha puesto también en la » necesidad de variar mis órdenes alternativamente por los » movimientos de ese ejército. Me dijo usted que convenía lo » hiciese venir: así lo mandé. Se me representó el peligro de » Chile, si quedaba abandonado á sus solas fuerzas; y dispu- » se quedasen dos mil hombres para su guarnición y segu- » ridad. Con pocos días de intermisión se me repitió con in- » terés, que Chile se había decidido á realizar la empresa, » procurando el dinero necesario: por duplicado fué la or- » den para que suspendiesen las tropas su regreso. En este » estado me dice usted, que habían empezado á pasar las » tropas á esta parte de los Andes. ¿Qué puedo determinar » yo con acierto? Si la expedición se ha de realizar y la cor- » dillera lo permite, quisiera que volviesen á Chile los que » están de esta parte. No hay más remedio que hacer la ex- » pedición por el Pacífico ó reunir nuestras fuerzas para en- » trar de un modo irresistible por el Alto Perú » (57). Insis- » tiendo sobre estos tópicos le decía doce días después: « Todo » se ha trastornado por las variaciones de Chile, y nos ha » agarrado la cordillera con el ejército dividido. Sabe usted » que su dictamen ha sido siempre la regla de mis delibera-

más 85 jefes y oficiales. Total: 1,253. En el campamento de Curimón en Chile se hallaban los batallones 7.º, 8.º y 11.º con la mayor parte del batallón de artillería y un escuadrón de granaderos á caballo, sumando un total de 2,148 hombres de tropa.

(57) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 18 de mayo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

» ciones en todo lo relativo al ejército de los Andes. Obre usted » con la misma franqueza en adelante. Por último: supuesto » que nuestras empresas sobre Lima no pueden realizarse » hasta la primavera que viene, sería conveniente diese usted » un paseo para conferenciar y allanar lo necesario al sostén, » elevación de fuerzas y mejora de la división que está en » Mendoza » (58).

El director Pueyrredón dirigía estas palabras al general que había ilustrado con sus grandes victorias el período de su administración, en víspera de dejar de ser hombre público. El 19 de junio de 1819, abandonaba el gran escenario y se perdía en su penumbra, circundado por esa sombra que acompaña á los mandatarios que resignan el poder en tiempos difíciles (59). Sólo insistiremos sobre él en la parte que se relaciona con el asunto de este libro. Fué como gobernante el hombre de su partido y el gobernante nacional, representando una autoridad impersonal, por cuanto su base era parlamentaria y su acción estuvo subordinada á un centro aulico directivo, lo que caracteriza políticamente su administración. Armado de un poder dictatorial, contrapesado por una oligarquía inteligente y patriota, sus actos llevaron el sello de la moderación, sin manifestar tendencias á la arbitrariedad caprichosa, y este es su rasgo moral como magistrado. Sin ser una personalidad marcada, ni tener la potencia propia que domina los acontecimientos y les imprime dirección, fué el representante de los elementos conservadores, que mantuvo el centralismo revolucionario necesario para sostener la lucha por la independencia. En su época y por sus afanes, se fundó la independencia argentina; adquirió respetabilidad exterior la nueva nación; se echaron los cimientos del

(58) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 29 de mayo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

(59) Véase « Hist. de Belg. », t. II, cap. XXXIX. (4.ª edic.)

gobierno parlamentario; se crearon dos grandes ejércitos nacionales que sostuvieron la república sin resabios de pretorianismo; tuvo lugar la valerosa resistencia de Salta en la frontera norte; llevóse á cabo la reconquista de Chile atravesando los Andes; consolidóse la alianza argentino-chilena, formulando el plan emancipador de la revolución argentina americanizada; preparóse la expedición al Perú; los laureles de Chacabuco y Maipu orlaron el escudo de las Provincias Unidas, y estas son las luces, que en contraste con sus sombras, iluminan las páginas de su gloriosa administración, verdaderamente histórica.

VIII

Una sangrienta tragedia que se enlaza con los sucesos de esta época, y que debía tener una estruendosa repercusión en toda la América exacerbando los odios entre independientes y realistas, ocurría en una oscura población de las pampas argentinas á tiempo que el drama del repaso de los Andes empezaba á desenvolverse según el plan de su autor.

Encontrábase San Martín en Curimón pronto á emprender su viaje á Mendoza, cuando le llegó la noticia de que en la ciudad de San Luis había estallado una conjuración de prisioneros españoles, á que se atribuían vastas ramificaciones en ambos lados de la cordillera. Alarmado con esta novedad, escribió confidencialmente á O'Higgins: « Ahora más que » nunca se necesita haga usted un esfuerzo para auxiliar á la » provincia de Cuyo. Chile no puede mantenerse en orden » y se contagia si no acudimos á tiempo. El orden interno » nos es más interesante que cincuenta expediciones. » Al llegar á Uspallata le alcanzaban nuevos detalles sobre este suceso, y volvía á insistir sobre los auxilios pedidos, ordenando que se activase la marcha de la división argentina que debía

iniciar el repaso (60). Su gran interés por el momento era asegurar su base de operaciones y fuente de recursos subsidiarios, y hacer concurrir á Chile á este objeto, dejando para después la prosecución de sus planes sobre el Perú, que ponía al orden interno de los dos países, cuyo concurso eficiente necesitaba para realizarlos. Empero, el hecho no tenía la trascendencia que se le atribuía.

Como se explicó antes (cap. IX, § I), el valle de San Luis en que se asentaba la ciudad de este nombre, es un oasis en medio del desierto, que ligaba las comunicaciones del litoral del Plata con la cordillera de los Andes por el camino de Chile. Hallábanse allí confinados como en una isla mediterránea del océano petrificado de la pampa argentina, los prisioneros españoles de Chacabuco y Maipu, entre los cuales se contaba el pusilánime Marcó del Pont y el heroico Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado y Morla, y casi toda la oficialidad del famoso regimiento Burgos. Por recomendaciones expresas de San Martín eran tratados con toda consideración por el teniente gobernador Dupuy, quien deponiendo su ceño adusto, les dispensó las más amistosas atenciones, á punto de corregir con su autoridad la inconveniencia de algunos oficiales nacionales, que en presencia de ellos entonaron una cáncion patriótica que lastimaba sus sentimientos de realistas en la desgracia (61). Fueron alojados y atendidos generosamente con las comodidades que ofrecía la pobre ciudad cuyana, se les permitió conservar sus ordenanzas de servicio, y gozaban de una relativa libertad sin ser humillados ni molestados por una incómoda vigilancia (62). Un corto pi-

(60) Carta de San Martín á O'Higgins, de 13 de febrero en Curimón, y 18 del mismo de 1819 en Uspallata, pub. por Vicuña Mackenna en « Rel. Hist. » parte 2.ª, p. 667-669. (Arch. de O'Higgins.)

(61) « Memoria » de Manuel B. Álvarez, testigo y actor en el suceso. (M. S. en el Arch. del Dr. Ángel J. Carranza, cit. por Fregeiro en « Estud. histór. » sobre Monteagudo, p. 212.)

(62) En comprobación del aserto del texto, copiamos á continuación